

De una invencion para lo malo inmensa,
Consultando tambien, al cabo dice
Que un instante felice
Jamás disfrutará, mientras vencidos
En su poder no vea á mil guerreros
Y á mil damas arranque sus vestidos.

De climas remotísimos venidos
Por caso presentáronse aquel día
En el alcázar cuatro caballeros
De raro esfuerzo y de alta nombradía.
Hijos dos de ellos eran de Oliveros,
Aquilante y Grifon, Guidon salvaje
Era el tercero, el cuarto Sansoneto.

Con dulce gesto é hipócrítico lenguaje
Pinabelo en su estancia los acoge;
En el lecho sorpréndelos, los liga
Y á jurar les obliga
Que un año allí y un mes han de quedarse,
Y que, atacando á damas y á varones,
De sus ropas, bridones
Y personas habrán de apoderarse.
Así, bien que afligidos, lo juraron;
Y así se presentaron
Mil veces en la lid de do, sin armas
Y á pié, tantos y tantos se alejaron.

La ley que entre ellos rige es la siguiente:
El primero que salga á la palestra,
Solo saldrá; mas, por rival mas bravo
Si vencido se muestra,
Los que queden entónces
Aquella empresa han de llevar á cabo.
Ved, siendo cada cual tan aguerrido,
Lo que será con otros tres unido.
Mas poner no conviene
En nuestro viaje la menor demora;
Pues si bien en la lid, cual lo demuestra
Vuestro altivo semblante, vencedora
Llegará á verse en fin la espada vuestra,



Bradamante y Roger ante el castillo de Pinabelo. (T. I, p. 413.)

« Cosa siempre será de mas de una hora,
Y si en llegar se tarda
Es muy de recelar que el jóven arda.

« ¿ Por ventura de aquesto, »

Dice Roger, « nosotros nos cuidamos?

« Nuestro deber hagamos,

« Y hagan el cielo ó la fortuna el resto.

« La lucha que á trabar nos preparamos

« Hará al ménos notorio que dispuesto

« Está nuestro valor á un sacrificio

« Por salvar á ese jóven del suplicio. »

Oyendo estas palabras, la doncella

Su marcha emprende por la recta via,

Y tres millas por ella

Con los dos héroes caminado habia,

Cuando á la puerta y al padron llegaron

Do tantos infelices

Honor, armas, caballos se dejaron.

No bien los ve, de lo alto de la roca

Una campana el centinela toca;

Y por la puerta, en esto, sobre un bruto

Corriendo un viejo en asomar no tarda,

Que así grita á Roger: « Aguarda, aguarda,

« O disparte á pagar fatal tributo.

« Si la ley no conoces que aqui rige,

« Escúchame; » y le cuenta

La costumbre sangrienta

Que á los guerreros del castillo aflige.

Afable luego á aconsejar se puso

Que, de esta tierra obedeciendo al uso,

Sus armas, sus caballos entregasen

Y que un estéril riesgo conjurasen.

« No queráis exponeros

« A combatir, » decia,

« Contra esos cuatro intrépidos guerreros.

« Armas, caballos, ropas por do quiera

« Hallar podréis, en tanto que la vida

« Irrecobrable es una vez perdida.

— « Basta, » dice Roger, « basta; instruido
 « De esa ley, he venido
 « A probar que no cedo
 « Ante vanas palabras, y que existe
 « Un alma en mí que no conoce el miedo.
 « Lo que en mi nombre así mi labio afirma,
 « Mi compañero, cierto estoy, confirma;
 « Mas ¡ah! ¡por Dios! haced que sin tardanza
 « Ver yo de cerca á mis contrarios pueda,
 « Pues la tarde se avanza
 « Y largo trecho por andar nos queda.

— « Hélo aquí, » dice el viejo;
 Y por el puente con efecto llega
 Un caballero armado
 Con vestido bermejo
 Todo de blancas flores recamado.

Con decidido empeño
 La dama entónces á Roger suplica
 Que le deje por Dios vencer al dueño
 De aquella cota tan luciente y rica.
 Mas en vano rogó; de esta victoria
 Guardar para sí solo el héroe quiso
 La fatiga, los riesgos y la gloria.

Interrogado por Roger quien es
 Aquel guerrero, el viejo le responde:
 « De Sansoneto esconde
 « El pecho aquesa túnica que ves. »
 Por acuende uno, el otro por allá,
 En silencio se mueve sin tardanza,
 Y, enristrada la lanza,
 Hacia el contrario galopando va.
 Con sus enormes astas, que de hierro
 Forjadas parecían,
 Armados se embestían
 Los dos rivales fuertes y aguerridos,
 Mientras que con el conde del palacio
 Mil infantes salían decididos,
 Cual siempre, á despojar á los vencidos.

Cortar en una selva, á corto espacio
 De allí, diez robles hizo Sansoneto,
 Y con ellos diez lanzas fabricando,
 Una presenta á su rival, guardando
 Otra igual para sí. Duro cual yunque
 Debe ser el broquel, ser debe el peto
 De cada paladin, para que el choque
 Que uno y otro reciben no los trunque.

El de Roger, que allá en los hondos senos
 Hizo sudar á la infernal cuadrilla,
 Es el mismo que Atlante le entregara
 Y con que obró ya tanta maravilla.
 Con claridad tan rara,
 Con tal violencia, descubierta, brilla,
 Que tiene que ocultarlo bajo un velo
 Por no postrar á cuantos ve en el suelo,
 Y ser debe además impenetrable
 Pues no cede á aquel golpe formidable.
 El otro, cuyo artífice sin duda
 Fué ménos docto, á resistir no alcanza
 Del fierro incruento la violencia cruda.
 Por medio de él la lanza
 Del buen Roger abriéndose camino,
 Hirió en el brazo al triste Sansoneto,
 Que del arzon bien pronto al suelo vino.

Fortuna, á quien tal vez
 Agrada el llanto del que siempre rie,
 Y que de aquel á quien el triunfo engrie
 En dominar se place la altivez,
 Hoy por la vez primera
 Hizo que el jóven derribado fuera.

En esto, la señal de la pelea
 A los otros guerreros dando el conde,
 Se acerca al sitio en donde
 Estaba Bradamante, á quien desea
 Preguntar quien su compañero sea.

Montado en el caballo
 Que fué de la doncella, allí lo guía

La justicia de Dios por castigallo
 De tanta consumada alevosia.
 Ocho meses hacia
 Que, dar muerte á la virgen preveyendo,
 En subterráneo horrendo
 El vil precipitarala. El caballo
 Que él le robó aquel día
 Reconoce la virgen al instante,
 Y, del conde en seguida
 La voz examinando y el semblante:
 « Este es, » dice, « el traidor, el fementido,
 « Que de las culpas todas de su vida
 « Viene hoy á recibir el merecido. »
 Dice; su acero saca;
 A Pinabelo, furibundo, ataca,
 Y hácia atras le interdice que se vuelva.
 De tornar á su torre
 Perdida la esperanza, por la selva
 El maguntino corre,
 Y huyendo el infortunio que recela
 A su corcel aguija con la espuela.
 La doncella animosa
 Lo persigue, lo acosa,
 Lo alcanza y hiere. Con fragor horrendo
 Retumba el bosque en torno; mas, la lucha
 Contra Roger los otros sosteniendo,
 Nadie este estruendo en el palacio escucha.
 Pocos momentos ántes
 Salieron del castillo con la dama,
 Fatal autor de usanza tan inicua,
 Los otros tres valientes contrincantes,
 Que mustio el rostro, la mirada oblicua
 Y llena el alma de afliccion venian,
 Y muerte casi á triunfo preferian.
 Ardiendo en sed de sangre y de venganza
 A los guerreros la impía dama entónces
 Recuerda su terrible juramento.
 Mas responde Guidon: « Sola mi lanza

« Basta para vencer; yo no consiento
 « Que nadie, cuando lidio, me la acompañe
 « Y que mi gloria y mi esplendor empañe.
 « La cabeza, si miento,
 « De los hombros arráncame al momento. »
 Esto dice Grifon, esto Aquilante;
 Solo cada cual quiere
 Lidiar, pues á victoria degradante
 Preso quedar ó perecer prefiere.
 « Mas, ¿ á qué sin provecho
 « Tanto hablar? Si venir, » la dama dice,
 « A este alcázar os hice,
 « Fué porque á sus usanzas os plegarais,
 « No para que sus leyes reformarais.
 « Si no era vuestro intento
 « Aceptar esta ley sin condiciones,
 « ¿ Porqué no declararlo en el momento
 « En que vine á romper vuestras prisiones?
 « So pena de pasar por embusteros,
 « Hoy á mi voz teneis que someteros. »
 « Hé aquí, » Roger exclama,
 « Mi caballo y mis armas, ¿ qué os detiene.
 « ¿ Porqué nadie á esa dama
 « A despojar de sus vestidos viene? »
 Por Roger, á la par que por la dama,
 Cada cual de los tres estimulado,
 De vergüenza y de cólera se inflama
 Y á venir al combate re apareja.
 De Guidon el caballo, mas pesado
 Que el de los otros dos, al jóven deja,
 Al dar la carga, un tanto rezagado.
 La lanza con que habia
 A Sansoneto dërribado trae
 El héroe, y el broquel de que solia
 Servirse el viejo Atlante en el castillo;
 Encantado broquel á cuyo brillo
 Todo aquel que lo mira al suelo cae,
 Y cuya alta virtud puede á su dueño

Sacar sin daño de cualquier empeño.
 Tres veces solamente
 Su auxilio omnipotente
 Necesitó Roger hasta aquel día:
 Dos en la isla de Alcina; la tercera
 Por vencer á la fiera
 Que á devorar venia
 A la hermosa doncella, que el sosiego
 Le arrebató con su perfidia luego.
 Fuera de esto, escondido
 Bajo un velo de modo lo llevaba,
 Que descubrirlo á su placer podia
 Cada vez que su luz necesitaba.
 Con él, como ya os dije,
 Animoso Roger de la batalla
 Al sitio se dirige,
 Do á sus rivales preparados halla.

El héroe, á quien no aterra
 Su vista mas que la de tres rapaces,
 La lanza enristra, y cierra
 Contra el bravo Grifon, de cuyo escudo
 Viene á dar en el borde un golpe crudo.
 Grifon, asiendo su robusta lanza,
 Ataca á su rival; pero su punta,
 Sobre el bruñido espejo resbalando,
 Rompe solo su velo
 Dando salida al resplandor extraño
 Que, de su honor sin daño,
 A Aquilante y Grifon arroja al suelo.

Guidon, que los seguia,
 Viene tambien en el instante á tierra,
 Y, de sentido asi los tres privados,
 Tendidos yacen por distintos lados.

Entretanto Roger, que no recela
 El portentoso efecto del escudo,
 Vuelve al corcel las riendas, y, desnudo
 El hierro, en busca de enemigos vuela.
 Largo rato corrió sin encontrarlos;

Pues, en tierra tendidos
 Caballeros, caballos,
 Damas é infantes, yacen confundidos.
 Al pronto maravillase; mas luego,
 El lienzo al ver que del escudo pende,
 Lo que pasa comprende.

Vuélvese pues, y con inquietos ojos
 A Bradamante de buscar no cesa.

No hallándola, al pensar que se interesa
 Por el mancebo á quien la muerte aguarda,
 Y sabiendo que nada le acobarda,
 Supone que á dar fin á aquella empresa
 Partió sin duda. Entre el gentio inmenso
 Que en tierra yace, topa

A la dama Roger que con él vino,
 Y en su bridon montándola, galopa.
 Del manto que por cima de su ropa
 Ella llevaba, el héroe una cubierta
 Hace al broquel. Con esto oscurecido
 El fulgor que la priva de sentido,
 Se recobra la dama y se despierta.
 De allí, con faz turbada

Que de vergüenza alzar apénas osa,
 Se va Roger diciéndose: « Manchada
 « Mi fama con victoria deshonrosa,
 « De contemplar me espanto
 « Que á temor atribúyase este encanto.»

Así pensando, al lado del sendero
 Que siguiendo venia,
 Nota el bravo guerrero
 Un hondo pozo, en torno al cual solia
 Acogerse el ganado
 Huyendo del ardor del mediodía.
 Lleno á su vista el paladin de gozo,
 Acercándose al pozo,
 « A fin, » exclama, « á fin de que esta sea
 « La postrer vez que sobre mí derrame
 « Rubor su posesion, guardar no quiero

« Mas largo tiempo ese broquel infame,
Y una peña cogiendo,
Que al escudo sujeta, lo sepulta
En la sima, diciendo :
« Contigo quede mi ignominia oculta. »

Hondo es el pozo y lleno hasta la boca;
Pesado es el broquel, gruesa la peña,
Que, hendiendo el agua leve,
No se defiende hasta que al fondo toca.
Tan noble accion con su clarin sonoro
Locuaz la fama divulgara en breve
En torno á Francia y por el suelo moro.

Conocida que fué, muchos guerreros
Este escudo á buscar se dedicaron,
Y ansiosos registraron
Sus reinos y los reinos extranjeros.
Nadie empero encontrándolo, indeciso
Este punto quedó; pues la doncella
Que al mundo habló de esta aventura bella
Jamás decir do consumóse quiso.

No bien se aleja el héroe del castillo
Con el escudo, cuyo extraño brillo
Ofuscó á sus rivales,
Estupefactos estos se levantan;
Mas, con incierto paso
Unos hácia otros, mustios, se adelantan,
Y de su triste caso,
Cada vez que se juntan,
Doloridos la causa se preguntan.
Hablando de esto estan, cuando la nueva
Llega de que ha espirado Pinabelo,
Bien que de aquel que le dió muerte encubre
El claro nombre misterioso velo.

Al conde inicuo Bradamante osada
Encontrando en camino hondo y estrecho,
Le atacó y con su espada
Una y cien veces traspasóle el pecho.
Por el suelo dejándolo sin vida,

Y en el bridon que él le robó montando,
Aléjase en seguida
Del bosque que testigo
Fué de tan justo y ejemplar castigo.

En vano luego, inquieta, hácia la torre
Donde á Roger dejó, parte afligida.
Por los bosques perdida,
Todo el pais sin direccion recorre
La virgen valerosa, á quien persigue
Suerte fatal que de Roger la aleja.
Mas, por temor de que al lector fatigue,
Suspensa aqui la narracion se deja.

CANTO XXIII.

Astolfo entrega á Bradamante el Rabicano y la lanza de oro.
— Llegada de la hija de Amon al palacio de Montalban. —
Rodomonte quita á Hípalca el caballo que le confió Bradamante. —
Orlando liberta á Zerbino del suplicio á que lo conducian. — Batalla entre Orlando y Mandricardo. —
Locuras del conde de Anger á la noticia de los amores de Angélica con Medoro.

A su prójimo amparo

Dé cada cual; pues raro

Es que sin premio un beneficio quede.

Si alguna vez sucede

Que en bien no torne, es claro

Que en mal al ménos redundar no puede;

Mientras que el daño que á los otros se haga,

Mas temprano ó mas tarde al fin se paga;

Pues los hombres no son, dice el refran,

Cual los montes que inmobiles estan.

De triste ejemplo sirva el Maguntino,

Que de sus culpas todas finalmente

A recibir el merecido vino;

Pues el Señor, que rara vez consiente

Ver padecer al justo injustamente,